

## LA RETÓRICA DE SANCHO PANZA

Todo el mundo conoce bien al Sancho Panza de la primera parte de la obra maestra de Cervantes. Sancho es el glotón, el cobarde, el puro materialista, en fin, el hombre « de muy poca sal en la mollera », según la descripción de Cervantes en el Capítulo 7 al introducirle en la novela. Sólo en la segunda parte empieza Sancho a cambiar, a aprender, a evolucionar como persona humana. Pero considerar así a Sancho Panza es responder al mito del personaje y no al personaje textual. Lo que yo quisiera sugerir en esta ponencia es que Sancho es, desde el principio, mucho más inteligente e intelectualmente capaz de lo que solemos creer. Para ilustrar estas calidades intelectuales de Sancho, quisiera analizar el estilo retórico de un discurso suyo en el Capítulo 20 de la primera parte.

Se trata de la temerosa noche de los batanes. Caballero y escudero escuchan los terribles ruidos desconocidos y Don Quijote propone dejar solo a Sancho para ir a buscar la aventura. Sancho, aterrorizado por la idea de encontrarse abandonado en tales circunstancias, echa a « llorar con la mayor ternura del mundo ».<sup>1</sup> En este contexto, motivado así por el temor, y mientras llora y tiembla, dice Sancho Panza lo siguiente:

Señor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura; ahora es de noche, aquí no nos vee nadie, bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres días; y pues no hay quien

- 5 nos vea, menos habrá quien nos note de cobardes; cuanto más que yo he oído predicar al cura de nuestro lugar, que vuestra merced bien conoce, que quien busca el peligro perece en él; así, que no es bien tentar a Dios acometiendo tan desaforado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro, y basta

1. *Don Quijote de la Mancha*, ed. Martín de Riquer (Barcelona: Planeta, 1975), pág. 195.

- 10 los que ha hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser manteado, como yo lo fui, y en sacarle vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos como acompañaban al difunto. Y cuando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazón, muévale el pensar y creer que apenas se habrá vuestra merced
- 15 apartado de aquí, cuando yo, de miedo, dé mi ánima a quien quisiere llevarla. Yo salí de mi tierra y dejé hijos y mujer por venir a servir a vuestra merced, creyendo valer más y no menos; pero como la codicia rompe el saco, a mí me ha rasgado mis esperanzas, pues cuando más vivas las tenía de alcanzar
- 20 aquella negra y malhadada ínsula que tantas veces vuestra merced me ha prometido, veo que, en pago y truco della, me quiere ahora dejar en un lugar tan apartado del trato humano. Por un solo Dios, señor mío, que non se me faga tal desaguisado; y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer
- 25 este fecho, dilátelo, a lo menos, hasta la mañana; que, a lo que a mí me muestra la ciencia que aprendí cuando era pastor, no debe de haber desde aquí al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la media noche en la línea del brazo izquierdo. (pág. 195-96)

Lo primero que se debe notar es el carácter dilatado del discurso, que sobrepasa por más del cincuenta por ciento cualquier cosa que había dicho antes. Pero aún más importantes que la extensión son el contenido, la construcción lógica, los adornos retóricos, y los cambios estilísticos que hacen notable este discurso.

Empieza Sancho con un resumen de su propósito que sirve como *exordium*: disuadir a su amo de acometer la aventura. Inmediatamente después presenta su *narratio*, describiendo fielmente los hechos (« es de noche, ...no nos vee nadie ») y las consecuencias lógicas de estos hechos (« pues no hay quien nos vea, menos habrá quien nos note de cobardes »). Luego cita a una autoridad reconocida, al cura de la aldea, y pronuncia el axioma, a la vez popular y cristiano, que reza que « quien busca el peligro perece en él » (línea 7) y el correlativo lógico que « no es bien tentar a Dios ». Opina también que Dios, que ha librado a Don Quijote en otras aventuras, puede haber agotado ya su paciencia. Después de la primera oración, que termina con la palabra « difunto » (línea 12), es pro-

bable que haya una pausa en la que se observa el silencio de Don Quijote.

Con el fracaso de su petición lógica —el *logos* de la retórica clásica— Sancho cambia de técnica y emplea el *pathos* y hasta el *ethos*; es decir, si no puede hacer que responda Don Quijote en el nivel intelectual, le hablará en términos emocionales y aludirá a su propio carácter moral. El escudero elocuente anuncia este cambio diciendo (líneas 13-14), « Y cuando todo esto no mueva... muévale el pensar y creer que... ». Habla ahora de su propio sacrificio (líneas 16-17: « Yo salí... y dejé... creyendo valer más... »), que nunca se ha premiado (líneas 19-21: « mis esperanzas... aquella... ínsula que tantas veces vuestra merced me ha prometido ») sino que se ha rechazado (línea 22: « me quiere ahora dejar... »).

Esta progresión de hecho y verdad universal (es decir, teológica) a una petición personal y conmovedora, esta progresión del *logos* al *pathos* y al *ethos*, se acompaña por toda una serie de recursos estilísticos, el *elocutio* de la retórica clásica:

1) Sancho suele colocar los adjetivos antes de los sustantivos: línea 2 « tan temerosa aventura »; líneas 8-9 « tan desafortado hecho »; 13 « ese duro corazón »; y 20 « aquella negra y malhadada ínsula ».

2) Emplea las palabras *tan* y *tanto* para exagerar: línea 2 « tan temerosa »; 8 « tan desafortado »; 12 « tantos enemigos »; 20 « tantas veces »; y 22 « tan apartado ».

3) Emplea las construcciones paralelas en sus frases: líneas 2-3 « ahora es... aquí no nos vee »; 3-4 « torcer el camino y desviarnos del peligro »; 4-5 « pues no hay quien nos vea, menos habrá quien nos note... »; 7 « quien busca... perece »; 10-11 « en librarle... y en sacarle »; 13-14 « cuando... no mueva... muévale... »; 14-15 « apenas se habrá vuestra merced apartado... cuando yo... dé mi ánima »; y 16 « yo salí... y dejé ».

4) Cita dos sentencias o refranes: línea 7 « quien busca el peligro perece en él »; línea 18 « la codicia rompe el saco ».

5) Usa pares sinónimos o palabras semánticamente parecidas de adjetivos, verbos y sustantivos: líneas 11-12 « libre y salvo »; 13 « no mueva ni ablande »; 14 « pensar y creer »; 20 « negra y malhadada »; y 21 « pago y truco ».

6) Emplea la paráfrasis hiperbólica: líneas 8-9 « tan desaforado hecho » en vez de « esta aventura »; 13 « ese duro corazón » en vez de « vuestra merced »; 15-16 « dé mi ánima a quien quisiere llevarla » en vez de « muera »; y 22 « un lugar tan apartado del trato humano » en vez de « aquí ».

Podemos suponer otra pausa después de las palabras « trato humano » (línea 22) durante la cual Sancho ve que en efecto su elocuencia no ha movido el « duro corazón » de Don Quijote. Con un repentino cambio de táctica, Sancho reemplaza su retórica con el estilo arcaico caballeresco, la *fabla*, que tanto le gusta a Don Quijote: líneas 23-25 « Por un solo Dios, señor mío, que non se me faga tal desaguizado; y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho, dilátelo,... ». Pero como este estilo le es tan ajeno, Sancho vuelve a cambiar, esta vez empleando un estilo llano para impresionar a su amo con la astronomía popular típica de los pastores.

Estas calculaciones astronómicas despiertan brevemente la curiosidad de Don Quijote (le pregunta a Sancho « ¿Cómo puedes tú... ver donde hace esa línea...? »), pero el caballero andante queda firme en su deseo de « hacer lo que debía a estilo de caballero » y « acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura » (pág. 196). Al fin y al cabo Sancho tiene que emplear el recurso que mejor conoce: « Viendo, pues, Sancho la última resolución de su amo, y cuán poco valían con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria, y hacerle esperar hasta el día, si pudiese » (pág. 196), y le ata las patas a Rocinante para que Don Quijote no pueda cumplir con su deber. Es esta *industria* de Sancho, y no su retórica, lo que más le vale.

Que sepa yo, no hay ningún crítico de la novela que se haya fijado en lo absolutamente extraordinario que es este discurso de Sancho. Tal vez haya pasado sin comentar este pasaje porque en el mismo capítulo hay otras escenas tan ricas y famosas: el gracioso cuento folklórico del escudero, la escena escatológica en que Sancho tiene que hacer « lo que otro no pudiera hacer por él » (pág. 201), y lo absurdo del descubrimiento de los batanes. Pero, de todos modos, hay que admitir que quien pronuncia este discurso no es y nunca ha sido un hombre « de muy poca sal en la mollera »<sup>2</sup> sino uno muy inteligente y capaz, aunque completamente sin estudios formales.

2. Gonzalo Torrente Ballester dice lo mismo: *El « Quijote » como juego* (Madrid: Guadarrama, 1975), pág. 91. Desgraciadamente, la gran mayoría de los lectores de

¿Cómo, entonces, ha podido hablar este hombre así? ¿Se trata de una falta por parte de Cervantes que ha puesto incongruamente tales palabras en boca de un rudo villano? No; no es nada improbable que hablara así Sancho. Nadie duda de que Sancho sea buen observador, ni de que sea buen oyente. Durante toda su vida Sancho ha asistido a la iglesia donde ha oído misa y los sermones de los predicadores (obsérvese que en la línea 6 de su discurso Sancho recuerda haber « oído predicar al cura de nuestro lugar »), y nadie se aprovecha más de los recursos retóricos y estilísticos que los predicadores. Y hace ya un buen rato que Sancho anda en compañía de Don Quijote, y nadie duda de que éste sea buen hablador. Es más, en los tres últimos días antes que la noche en que tiene lugar este episodio, Sancho ha estado presente, y sin duda ha escuchado con admiración, el famosísimo discurso retórico de Don Quijote sobre la Edad de Oro y el de Marcela ante el entierro de Grisóstomo.<sup>3</sup> Con tan recientes y tan impresionantes ejemplos de la retórica clásica, no es nada improbable que pronunciara Sancho su discurso retórico del Capítulo 20.

Si aceptamos el hecho de que Sancho ya puede hablar así en la primera mitad de la Parte I de *Don Quijote*, tenemos que rechazar por superficial el tradicional concepto de un Sancho Panza que no cambia hasta la segunda parte. Por razones del tiempo, no puedo seguir ilustrando la trayectoria intelectual del escudero en la primera parte: baste declarar que quien lea con cuidado el texto encuentra múltiples confirmaciones de su inteligencia, su creciente confianza en sí, y su valor.

En la segunda parte de la novela Sancho sigue su carrera dinámica, aprendiendo cada día más, adaptándose a nuevas situaciones, llegando al fin a un nuevo y profundo autoconocimiento antes de volver definitivamente a su aldea. Pero la trayectoria de Sancho en la Parte II no es más que una continuación del proceso establecido en la Parte I. Si muchos lectores creen que el Sancho de 1615 es una persona nueva y distinta, esto se debe en gran medida a un engaño

la novela suponen una natural estupidez de parte de Sancho Panza. Véase, por ejemplo, a Hipólito R. Romero Flores, uno de los mejores biógrafos del personaje, quien lo llama « un porro »: *Biografía de Sancho Panza, filósofo de la sensatez*, 2ª ed. (Barcelona: Aedos, 1955), pág. 107.

3. Véanse los excelentes análisis de los discursos de Don Quijote y Marcela de Mary Mackey, « Rhetoric and Characterization in *Don Quijote* », *Hispanic Review*, 42 (1974), 51-66, y Thomas R. Hart y Steven Rendall, « Rhetoric and Persuasion in Marcela's Address to the Shepherds », *Hispanic Review*, 46 (1978), 287-98.

por Cervantes. En lo poco que me queda del tiempo, quisiera comentar brevemente un ejemplo de este engaño cervantino.

El famoso Capítulo 5 de la segunda parte, la sabrosa conversación entre Sancho y su mujer Teresa, suele señalarse como el principio de la nueva discreción del escudero. El capítulo empieza así: « Llegando a escribir el traductor desta historia este quinto capítulo, dice que le tiene por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podía prometer de su corto ingenio, y dice cosas tan sutiles, que no tiene por posible que él las supiese; pero que no quiso dejar de traducirlo, por cumplir con lo que a su oficio debía, y así, prosiguió diciendo... » (pág. 611). Dos veces se interrumpe la escena para repetir esta idea, pero si examinamos bien lo que dice el personaje, no vemos nada nuevo. Inmediatamente antes que la primera interrupción, Sancho dice, « Mira, Teresa: siempre he oído decir a mis mayores que el que no sabe gozar de la ventura cuando le viene, que no se debe quejar si se le pasa. Y no sería bien que ahora, que está llamando a nuestra puerta, se la cerremos; dejémosnos llevar deste viento favorable que nos sopla » (págs. 613-14). Luego, antes de la segunda, dice, « Mira, Teresa..., y escucha lo que agora quiero decirte; quizá no lo habrás oído en todos los días de tu vida, y yo agora no hablo de mí; que todo lo que pienso decir son sentencias del padre predicador que la cuaresma pasada predicó en este pueblo, el cual, si mal no me acuerdo, dijo que todas las cosas presentes que los ojos están mirando se presentan, están y asisten en nuestra memoria mucho mejor y con más vehemencia que las cosas pasadas » (pág. 616).

Sin duda hay cierta sofisticación intelectual en lo que dice Sancho sobre la fortuna y la memoria, y sus imágenes son más eruditas que populares, pero en los dos casos atribuye escrupulosamente su materia a una fuente razonable: « mis mayores » y « el padre predicador... la cuaresma pasada ». No queda la menor duda de que en cuanto al *estilo* lo que había dicho en I, 20 era mucho más complicado y retórico que lo que dice en II, 5.<sup>4</sup>

*Don Quijote* es un libro engañoso. Para comprender bien a los personajes —tanto Don Quijote como Sancho Panza— hay que leer

4. Helmut A. Hatzfeld, por ejemplo, cita varios aspectos de lo que él considera falsificaciones del habla de Sancho para justificar la opinión del traductor en cuanto al estilo del personaje: *Explicación de textos literarios* (Sacramento: California State University Department of Spanish and Portuguese, 1973), pág. 70.

con mucho cuidado el texto y no prestar atención ni a los mitos de los personajes, ni a los clisés de los críticos, ni a los comentarios de los narradores (el editor, Cervantes; el traductor morisco; el historiador, Cide Hamete Benengeli) de quienes no se puede siempre fiar. La mayor evolución psicológica de los dos personajes principales ocurre en la primera parte de la novela y no en la segunda. Mi propósito en esta ponencia ha sido ilustrar un aspecto de esta evolución en el genial escudero de la Mancha.

HOWARD MANCING  
*Universidad de Missouri, Columbia*